

DOMINGO IV DE PASCUA

Este domingo de Pascua es conocido como el del «Buen Pastor».

Jesús nos dice que es la puerta. Y lo dice en un doble sentido. Por una parte, los verdaderos pastores del rebaño, aquellos que lo instruyen según la voluntad de Dios, han de pasar por Jesucristo. Al mismo tiempo, todo el rebaño ha de entrar y salir por Jesús. Podemos decir, pues, que un auténtico ministro lo es cuando actúa en nombre de Jesucristo y, al mismo tiempo, que la salvación sólo llega a cada hombre a través de Jesucristo.

Jesús es quien nos abre la entrada a la intimidad de Dios. Su humanidad es el medio de acceso a la invisibilidad de Dios y a la salvación eterna. Así nos lo muestra la primera lectura. Cuando Pedro predica y mueve el corazón de su auditorio, y este le pregunta: «¿Qué tenemos que hacer?», la respuesta es clara: «Convertíos y bautizaos todos en nombre de Jesucristo».

Jesús es el único mediador entre el cielo y la tierra, el constructor de puentes entre dos realidades que están infinitamente separadas.

Esta centralidad de Jesucristo es tan importante, que los sacerdotes, cuando actúan ministerialmente, lo hacen «en la persona de Jesucristo». De ahí que sus acciones ministeriales estén garantizadas por la Iglesia. Ya en los inicios del cristianismo, algunos, creyendo purificar la fe, la tergiversaron, como Donato y sus seguidores, que decían que la validez de los sacramentos iba unida a la santidad del ministro.

Por eso, ni el ministro puede separarse de Jesús para cumplir su misión, ni los fieles deben buscar en sus sacerdotes y obispos a otro que no sea la acción de Jesús. No deja de ser significativo que en la liturgia el sacerdote se revista totalmente con los ornamentos para, así, apartar la atención de su persona y facilitar que se ponga en el Señor.

Hoy es un día para valorar a los sacerdotes y pedir por ellos, pero también para obtener el don del desapego.

Hemos de dar gracias a Dios por todo el bien que nos hace a través de sus ministros pero, al mismo tiempo, tenemos que pedirle que sea Él nuestro auténtico guía. Muchos santos se lamentaban del daño que hacían algunos Directores de almas al no saber conducirlos según la voluntad de Dios. Por eso hay que pedir por la santidad de los sacerdotes, que nos serán de mayor ayuda cuanto más unidos estén a Jesucristo, el Buen Pastor.

En este día pedimos por las vocaciones y lo hacemos conscientes de que, como enseña el Catecismo, «el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles». Necesitamos sacerdotes que nos ayuden de verdad a ser santos.

Santa María, Madre de los sacerdotes, ruega por nosotros.